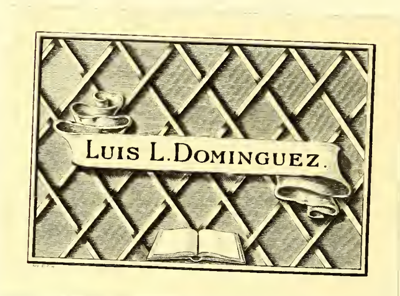



LUIS L. DOMINGUEZ.


GAUDEO
John Carter Brown
Library
Brown University



HOMILIA

QUE PRONUNCIÓ EL ILLMO. SEÑOR

DOCTOR D. BENITO MARIA DE MOXO

Y DE FRANCOLI.

ARZOBISPO DE LA PLATA,

EL DIA 12 DE OCTUBRE DE 1808.

PARA EXHORTAR A TODOS SUS DIOCESANOS á que con el mayor fervor y humildad rogasen á Dios y à los Patronos Tutelares de España por la felicidad del Rey, de la Real familia y de la Patria, y asistiesen á la solemnisima Procesion de Rogativa, que con el mismo fin habia determinado hacer aquella tarde.

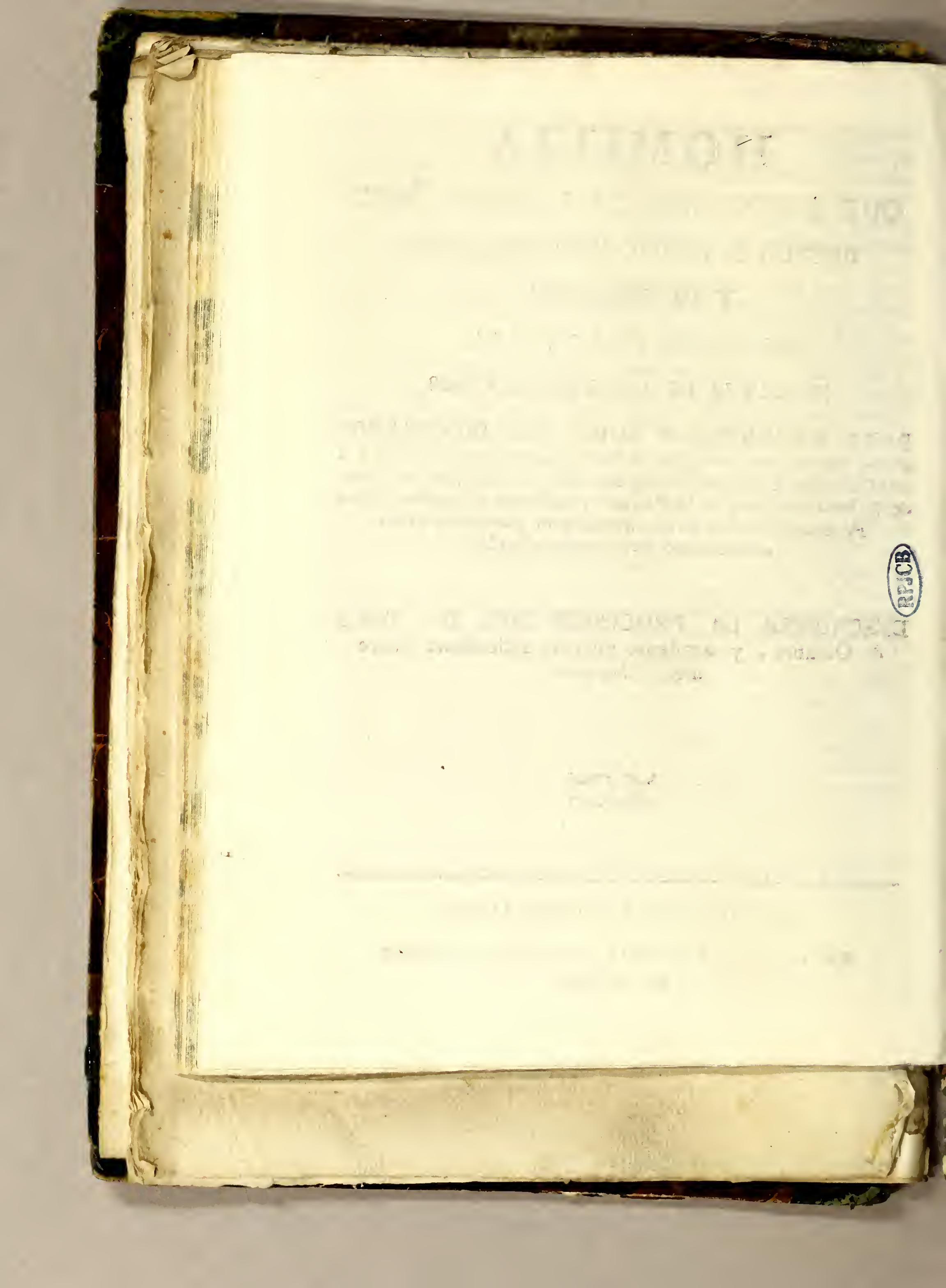
DESCRIBESE LA PROCESION DEL DIA DOCE de Octubre, y añadense algunas reflexiones sobre dicha Rogativa.



CON LICENCIA EN BUENOS-AYRES:

EN LA REAL IMPRENTA DE NIñOS EXPOSITOS.

Año de 1809.



HOMILIA.

Aunque es hoy un dia tan ocupado, no puedo feligreses mios, dexar de hablaros desde esta catedra del Espiritu Santo á lo menos por un breve rato. Porque esta tarde nos hemos de volver á juntar todos para celebrar la solemnisima procesion, que á mí y á vosotros ha de servir de particularisimo consuelo: y es muy justo que os explique de antemano, primeramente los motivos que he tenido para determinar que se hiciese esta publica demostracion de vuestra tierna piedad: en segundo lugar, las santas disposiciones con que debeis realizarla: y finalmente, el precioso fruto que, haciendolo asi, recogereis infaliblemente de vuestras lagrimas, retirandoos al anochecer á vuestras casas con la imaginacion llena de las sublimes ideas de los cánticos sagrados, y con el alma colmada de la dulce y bien fundada experanza de haber sido oidos.

Amados hijos: las procesiones que llamamos de rogativa, se han usado en los mejores siglos del cristianismo con indecible provecho. Quando la patria se ha visto amenazada ú oprimida por alguna grande calamidad, los Prelados mas santos y mas zelosos se han valido siempre de este medio, para implorar la divina misericordia, y poner fin á los males que afligian á su rebaño. Ilustrado su entendimiento y su corazon con las inspiraciones de la gracia, han estado siempre muy lexos de atribuir unicamente estas desgracias, ya á la maligna influencia de los astros, de las aguas, de los ayres, ò de los humores; ya al poder irresistible de las armas enemigas, à los obscuros artificios y ocultas tramas de una politica maquiavelica, ò á la loca ambicion y mala voluntad de un pueblo rival y vecino. Han creido al contrario, como David, que la peste, el hambre y la guerra eran otros tantos azotes, con que Dios pretendia castigar el orgullo y vanidad, no solo de las opulentas capitales, sino tambien de las mas despreciables aldeas; pues la vanidad y el orgullo reynan casi

igualmente en las pequeñas y olvidadas chozas que en los grandes y magnificos palacios, y no tiene duda, que un artesano, un labrador, un pastorcillo, se dexa arrastrar por la corriente de tan halagueña pasion, del mismo modo que un gentil hombre, un militar ò un magistrado.

Esta no es, lo confieso, la filosofia del siglo, pero es y ha sido siempre la del Evangelio. Los exemplares Obispos que os insinuaba poco ha, habian aprendido esta gran máxîma, no en los escritos de alguno de los filosofos antiguos ó modernos, sino en los libros de los profetas, de los Evangelistas y de los Apostoles. Y ved aqui, hijos mios, porque en semejantes lances, mientras por todas partes se oian sollozos y gemidos; mientras la espada del dolor traspasaba todos los corazones, ò la viva aprehension del infortunio y de la desgracia, ponia todos los semblantes palidos, y derramaba el espanto y el terror por los campos y por las ciudades; ellos se presentaban delante de sus ovejas con todas las señales de la mas profunda afliccion: las conducian al Santuario, unico y verdadero asilo de un alma fiel, y allí levantando su paternal voz, les exhortaban una y muchas veces, á desarmar la cólera divina, con autenticas y publicas demostraciones de compuncion, de humillacion y de penitencia.

Y ved aqui tambien, porque en tales conflictos ordenaban las generales y devotisimas procesiones ó letanias, cuya memoria se conserva en los anales eclesiasticos, y cuya puntual descripcion, aun despues de tantos siglos, excita en nuestras almas no se que sensaciones de una desusada ternura y piedad. ¡Ah! aquellos amables y humildes Pastores salian fuera de los umbrales del templo; acompañados de su querida grey, vestidos de un cilicio, teniendo cubierta la cabeza de ceniza, macilento y caido el semblante por la rigurosa abstinencia del ayuno, y llevando enarbolado delante de sí el Santo estandarte de Jesucristo, no ya como una señal de gloria y de alegria, sino como un recuerdo de llanto y de penitencia. Con

este tristisimo aparato, y con paso muy mesurado y grave, daban vuelta à la ciudad, y llenaban las calles y las plazas de gemidos, de suspiros, y de sollozos. Clamaban todos, como con una sola voz, al padre de misericordia, y Dios de todo consuelo en favor de la patria desolada. Las torres y montes del contorno repetian el eco de tan lugubres gritos. Los Angeles de paz, los compasivos amigos y compañeros inseparables de los fieles, llevaban al cielo unos votos tan dignos de ser favorablemente escuchados. El Señor se dexaba facilmente persuadir: se aplacaba; mandaba que cesase la calamidad; y sus reconocidos hijos volvian al templo coronados de flores, para entonar al pie de los altares el alegre y debido himno de triunfo y de accion de gracias.

Esta fue feligreses mios, la constante practica de la Iglesia católica en aquellos siglos, que por la sencillez de las costumbres, por la abundancia de luces y sabiduria espiritual, y por el fervor de la devocion, merecieron con muy justo motivo ser llamados *siglos de oro*. Estas fueron las armas con que San Juan Chrisostomo venció y deshizo las sacrilegas y temibles emboscadas que los cismaticos y hereges le tendian con singular disimulo en la vastisima corte de Constantinopla. Estas fueron las armas que casi en el propio tiempo opuso el incomparable San Basilio al furor y rabia del Emperador Valente, y de todos sus cortesanos. Estas mismas fueron las armas de que se valió tres siglos despues S. Gregorio el grande, en una de las mas funestas escenas que presenta la historia. El Tiber que baña las murallas de Roma, habia inundado repentinamente los campos vecinos hasta una distancia prodigiosa. Estas aguas, quedando luego sin movimiento, se corrompieron, y llenaron de infeccion toda la atmosfera. Morian sin remedio hombres y animales: se veia burlado el arte de los medicos: y solo la fé, la humildad y constancia del Santo Pontifice salvó la patria de en medio de tantos estragos y ruinas. Clamó á aquel Supremo Sacerdote, el

qual, segun dice S. Pablo, fue revestido de carne mortal para que se pudiese compadecer de nuestras miserias y flaquezas: predicó penitencia á su pueblo, como Jonas á los Ninivitas: recurrió á su dulcisima y segura valedora: imploró, digo, la proteccion de Maria, madre cariñosa de todos los afligidos y desconsolados: salió en procesion para interesarla mas y mas; y veis ahí que quando llegaba delante del celebre mausoleo llamado posteriormente con esta ocasion *Castel San Angelo*; descubrió sobre la cima de la torre un Angel reluciente y hermoso que embaynaba una espada (a), en señal de que en aquel instante cesaria la mortandad, se disiparian las negras nubes de tan horrenda tribulacion, y amaneceria sobre la capital del orbe el iris de la divina misericordia.

¿No conoceis, hijos mios, por este insigne hecho, la inmensa fuerza de las lagrimas, de los gemidos, y de la oracion? ¡Ah! Dios es un amo ciertamente muy bueno, muy misericordioso, muy compasivo, tiene para sus criaturas entrañas de verdadero padre. Está pronto á tendernos su omnipotente mano y á socorrernos. Nuestra dureza, sí, nuestra sola dureza, nuestro corazon impenitente, nuestro orgullo, nuestra vanidad, es la que pone un muro de division entre él y nosotros.

Pero pasemos mas adelante, y para nuestro entero convencimiento citemos todavia otro exemplo que tenga una relacion mas estrecha con la historia de nuestra nacion. Los Reyes Franceses Childeberto y Clotario, segun refiere San Gregorio Turonence (b), sitiaban á Zaragoza, y habian adelantado las lineas de modo, que esperaban apoderarse de aquella capital dentro de muy breves dias. ¿Y qué pensais que hicieron en tan duro trance los Ara-

---

(a) *Baronius ad annum* 590.
(b) *Lib. 3 hist. cap.* 27.

goneses? Aunque eran entonces como son ahora unos guerreros intrepidos y esforzados, sin embargo acordandose de lo que dice el Salmista, *que si el Señor no guardare la ciudad inutilmente vela el que la guarda*, fueron a postrarse á los pies de su adorada Reyna la Virgen del Pilar, joya inestimable para Aragon y para toda España; y presentandose hombres y mugeres, viejos y niños, en trage de penitentes, y tomando en las manos la túnica de su gloriosisimo paysano el invicto martir San Vicente, subieron sobre las muralias, paseandolas en procesion, de un modo semejante al que se describe en el libro de Nehemias (*a*). Los sitiadores oian confusamente desde sus reales el canto lugubre de los Sacerdotes: contemplaban con inquieta admiracion aquel tan nuevo espectaculo; y sobrecogidos repentinamente de espanto y terror, levantaron el cerco, sin hacer cosa de provecho. Entretanto el valeroso general español Teudiselo, se adelantaba hácia los Pirineos con un numeroso exército; con el qual habiendose apoderado de aquellas angosturas, derrotó en una gran batalla á los enemigos. Los españoles se arrojaron como leones sobre los perfidos galos, que à la sombra de vanos é injustisimos pretextos habian entrado con mano armada en la povincia Tarrogonesa. Y fue tan grande la victoria y matanza, que, por valerme de la expresion de San Isidoro autor contemporaneo, causaba admiracion quando se contaba (*b*). No hubiera quedado con vida un solo frances, si los Reyes Clotario y Childeberto no hubiesen comprado con gran suma de dinero una tregua de veinte y quatro horas, para retirar las tristes reliquias de su exército.

Renovad, ¡ó gran Dios! renovad, os ruego, este mismo prodigio en nuestros dias. Lo merece la piedad,

---

(*a*) *C.* 12
(*b*) *Ambrosio de Morales* §. V.

lo merece la fidelidad de los Aragoneses, de los Valencianos, de los Catalanes, de los Andaluces, de los Vizcaynos, y demas españoles. ¡O patria, que eres ahora el objeto de todos mis desvelos y cuidados! Pueda yo ver quanto antes abatidos á tus pies, esos fieros y crueles generales, que no contando con tu inextinguible valor, y hollando el derecho sagrado de gentes, han metido á fuego tus fertiles campiñas, y han derramado barbaramente la sangre de tus hijos. ¡O queridos paysanos mios! Sereis vengados. Desde aqui oigo el marcial ruido de las huestes españolas que marchan al combate. Haremos todos nosotros los mayores esfuerzos. Todos clamaremos venganza al cielo, como la clamaba en otro tiempo la sangre de Abel.

¿Mas qué digo, feligreses mios? Escusad los delirios de una imaginacion en extremo acalorada. La venerable imagen de la patria está todo el dia presente á mis ojos. La misma vuelve à ponerse delante de mi alma, asi que un sueño, no dulce ni tranquilo sino amargo é inquieto, me ha cerrado en la noche los ojos. Mis amigos... mis condiscipulos... los dulces compañeros de mi infancia... mis respetables maestros... tres hermanas virgenes... dos sobrinas igualmente virgenes y consagradas al servicio del Señor... la divina pila en que fui bautizado... la exemplar congregacion que me crió à sus maternales pechos, y me enseñó los primeros rudimentos de la virtud y de las ciencias (*a*) .. los solitarios sepulcros en que descansan años hace las cenizas de mis virtuosos padres y abuelos... ¡Dios misericordioso! ¡Dios omnipotente! Socorred á mi patria tan digna de ser atendida: sostened á mis paisanos, que pelean por una causa tan justa! Y mientras dura la feroz y sangrienta lucha, tomad sobre vuestras

---

(*a*) *La antiquisima congregacion benedictina claustral Tarraconense y Cesaraugustana.*

alas, llevad al desierto, poned en un lugar seguro á los tremulos ancianos, que encorvados con el peso de los años, no pueden ya sostener las fatigas de la guerra: à los inocentes niños, cuyas tiernas manos no tienen todavia la fuerza necesaria para empuñar una espada, ó asestar un fusil: á las graves y castas matronas: á las cándidas y hermosas doncellas, que como bandada de timidas palomas se azoran y tiemblan al oir el horrible estruendo de los cañones y de los morteros. ¿ Permitireis acaso, Dios mio, que unas personas que forman los lazos mas amables de la sociedad, unas personas criadas en las austeras maximas del pudor y de la virtud, sean victimas del desnaturalizado furor, y de la brutal lacivia de unos soldados que no os temen, pues tan descaradamente atropellan los derechos de la justicia, de la gratitud, y de la humanidad?:: No puedo proseguir, feligreses mios, y será preciso que ponga fin antes de tiempo á mi comenzado discurso.

Os hablaba poco ha de la solemnisima procesion que juntos hemos de hacer esta tarde. En ella tendré el consuelo de levantar con mis manos, aunque indignas, el Cordero sin mancilla, el amable renuevo de Jacob, la flor suavisima de la raiz de Jesé, el dulce y compasivo Redentor de todos los hombres, que presente ahora en esa Ara, cuenta una á una todas nuestras lágrimas; no porque se alegre de vernos afligidos, sino porque nos ama mucho, y desea que nos hagamos dignos de los inefables favores que nos tiene preparados, lavando nuestros delitos en el celestial baño de la penitencia. Llevaré, digo, en medio de vosotros à Jesucristo Sacramentado, en atencion à que los Concilios, los Doctores y Prelados aconsejan que asi se haga, siempre que ocurra alguna necesidad grave, urgente, extraordinaria; entre las quales un Concilio celebrado en la ciudad de Colonia (*a*)

(*a*) *En el año de* 1452.

señala expresamente, *el riesgo de un Principe, amado y querido de sus vasallos.*

Delante de mí haré que mis seminaristas lleven en andas la agraciada imágen de la Purisima Concepcion de nuestra Señora. Estos jovenes se crian á la sombra de esta Santa Iglesia Metropolitana, para ser un dia vuestros Padres y Pastores. Quiero pues, que hoy consagren las primicias de su apostólico futuro ministerio, invocando con filial confianza la poderosa mediacion de su Soberana Patrona, en favor de nuestra digna Patria. ¡ Ah, quanto no debe la patria, quánto no debeis vosotros, quánto no debo yo mismo á la benigna compasion y cariño de esta Señora! Ella es el numen tutelar de nuestra Monarquia, y abriga con igual amor y desvelo á españoles y americanos. Es vuestra Madre, feligreses mios; pues lo es mia, y yo en el momento que me senté por la primera vez en esta catedra Arzobispal, os puse á todos, juntamente con el báculo y mitra, en sus maternales plantas.

Añadese á esto, que hoy es un dia especialmente consagrado à su culto, baxo la milagrosa advocacion del Pilar. Tenemos, pues, motivo para invocarla con doble confianza. ¡ Ah, los Aragoneses y Catalanes que la aman tan tiernamente, quantas veces le habrán ofrecido hoy sus ardientes y sinceros votos! El dulce nombre de *Maria del Pilar*, se habrá repetido hoy con entusiasmo en todos sus batallones, y habrá sido el apetecido señal del ataque. Quizá hoy, hoy mismo han ganado una señalada victoria: quizâ le han erigido hoy en el campo de batalla un glorioso trofeo, amontonando en él los cañones apresados y los fusiles hechos pedazos; colocando en su cima la sagrada cifra de Maria, y debaxo de ella lás banderas cogidas al exército de Bonaparte, para llevarlas luego entre coros de marcial música à los famosos templos del Pilar, de Guadalupe, de Atocha y de Monserrate. ¡Oh, si asi en efecto hubiese sucedido, como lo desea y presiente mi corazon! Pero sea de esto lo que fuere, es muy

cierto, feligreses mios, que en un dia tan privilegiado, en un dia de tanto consuelo y esperanza, no desechará la Señora nuestros ruegos; antes bien intercederá eficazmente con su Unigénito Hijo, y nos alcanzará la libertad de nuestro Principe y Monarca, la independencia de la patria, el triunfo y la paz que tanto deseamos.

Tambien he dispuesto, que acompañe à la Virgen en nuestra procesion el inclito Rey San Fernando. Este incomparable guerrero amaba á Maria con indecible ternura; y al tiempo de soltar con la muerte las riendas del gobierno, dexó este amor como en herencia à todos los españoles. ¿Quién ignora el cariño que aquel Principe profesó constantemente á la dulcisima Emperatriz del cielo y tierra? Confesaba deberle la vida (*a*): la visitaba á menudo en el celebre Santuario de Oña: llevaba siempre consigo su retrato: ponia éste en la punta del Estandarte, asi que se daba el señal de la batalla: la adoraba y daba gracias en su tienda despues del combate: queria que todos sus soldados la respetásen y honrasen, y por ultimo, quando en tiempo de Felipe II se abrió el arca en que habia sido sepultado, lo encontraron que tenia puesta sobre su real pecho aquella misma de-

(*a*) San Fernando estando en Castilla con sus abuelos padeció una tan grave enfermedad, que toda la Corte creyó que sin duda alguna moria. Sola la Reyna Doña Berenguela, concibiendo de repente no se que lisongeras esperanzas, llevó su hijo al Monasterio de Oña: lo dexó sobre el altar de la Santisima Virgen, y la rogó con grande fervor que se dignase volverle la salud. Sus suplicas fueron oidas. El Real Infante se puso en pie: pidió de comer: durmió tranquilamente; y en pocos dias recobró todas sus fuerzas. Este milagro es el argumento de un largo himno compuesto por D. Alonso el Sabio, el qual se conserva en la Biblioteca del Escorial, y empieza asi:

Ben per esta á os Reies
D' amar en Santa Maria
Ca en as muy grandescoitas
Ella os acorreguia.

votisima imagen, que habia sido por tantos años el blanco de todo su afecto (*a*). Ademas, San Fernando es con justisimo titulo el protector de las armas españolas: está unido por los intimos lazos de la sangre con nuestro amado Monarca, que llevaba su nombre como un felicisimo agüero: no puede desentenderse de la gran lucha en que nos hallamos empeñados; y sin duda, sin duda alguna contribuirá desde el cielo con su auxilio, para que salgamos del todo victoriosos.

Falta ahora, feligreses mios, que os añada dos palabras sobre el modo respetuoso y humilde con que debeis asistir esta tarde en la mencionada procesion. ¿Pero qué podré deciros, que primero no os lo sugiera vuestra propia conciencia? Sois cristianos, y sabeis desde la niñez, que la modestia, la compuncion y el arrepentimiento, son los medios seguros para aplacar el justo enojo de Dios irritado por nuestra soberbia, y por nuestra ingratitud. Los catolicos han concurrido siempre á tales actos, con todas las muestras de una sincera penitencia. Quando los españoles de Zaragoza hicieron á vista del enemigo que amenazaba darles un terrible asalto, la edificante procesion de que ya os he hablado, los ancianos y los niños se cubrieron las cabezas de ceniza, y las mugeres se presentaron vestidas de negro, y con el cabello tendido, derramando tantas lagrimas, y prorrumpiendo en tan tristes gemidos, que parecia les habian ya muerto sus hijos y sus maridos (*b*).

Lo mismo practicaron los dignos compañeros de San Luis Rey de Francia, hallandose en la mar, frente á las costas de Berberia, amenazados juntamente de un naufragio casi inevitable, y de la violenta irrupcion de los barbaros, que no les hubieran dado quartel, antes bien

---

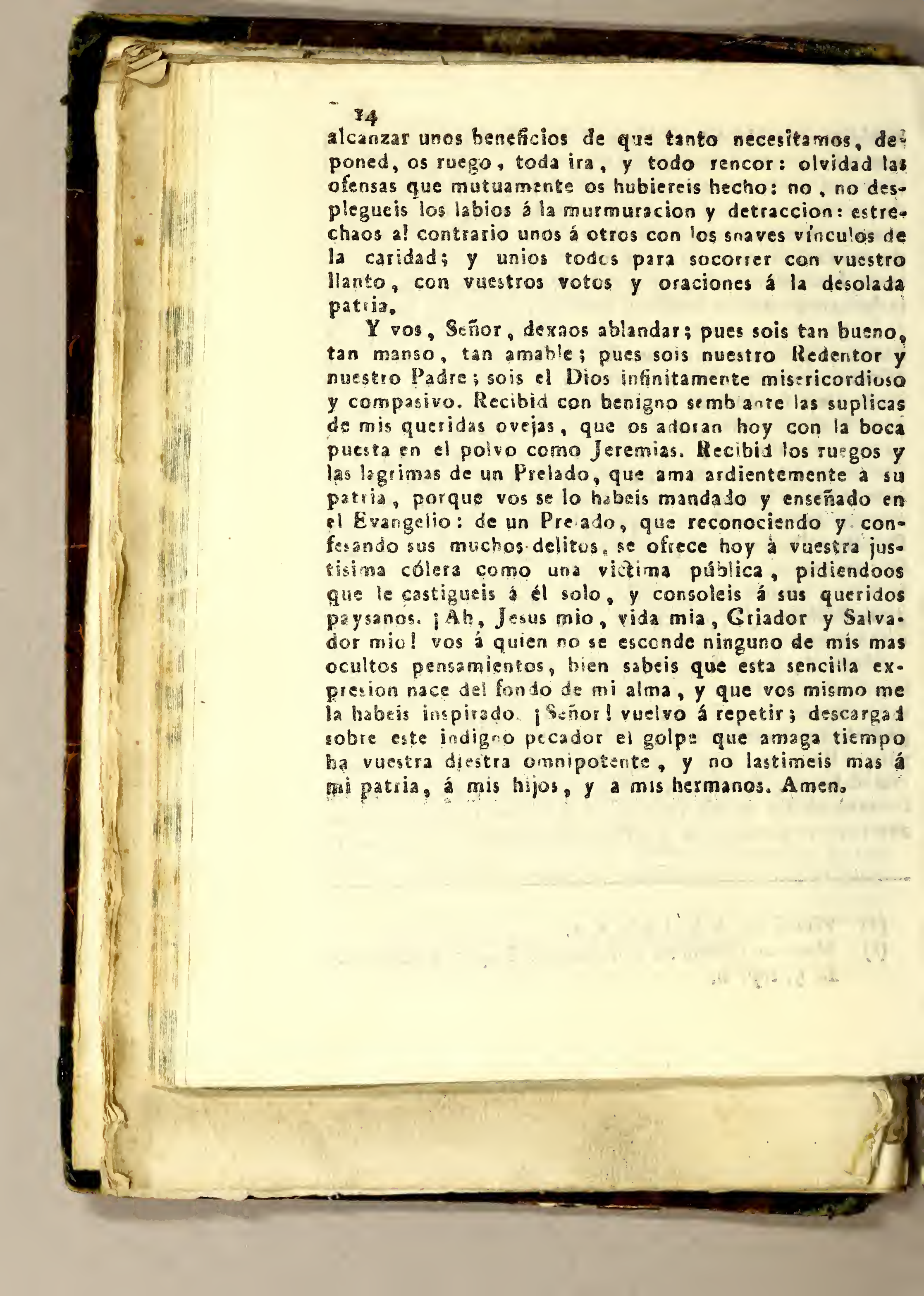
(*a*) *Papebrochius Acta vitæ S. Ferdinandi.*
(*b*) *Ambrosio Morales* §. V.

hubieran corrido á hacerlos pedazos. El ilustre autor (a) que refiere este acontecimiento, dice, que viendose él entonces postrado en cama por una gravisima enfermedad; llamó á dos de sus criados, y les ordenó que le llevasen como pudiesen, donde estaban los otros invocando el auxilio del cielo por medio de tan devota procesion. Las embravecidas olas del Mediterraneo subian hasta las gavias de los buques; pero sus aguas no apagaban el fuego de caridad y de zelo que ardia en el pecho de San Luis y de sus soldados. Y asi lograron en breve que calmase la tormenta: se serenase la atmosfera, y la armada diese fondo con toda felicidad en el puerto de Chipre. Y qué no hizo, qué no logró San Carlos Borromeo, ya quando su ciudad de Milan se estaba abrasando y consumiendo con una horrible peste, ya quando Dios habia inundado de llanto la casa reynante de España, con la muerte de varios Archiduques, y sobre todo, con la del Principe D. Fernando, heredero de la corona? Las quatro procesiones de penitencia que dispuso para implorar la divina piedad fueron tales, que conforme asegura un gran Prelado (b), nunca se habia visto un espectáculo mas tierno.

Imitad, pues, feligreses mios, estos excelentes modelos: Clamad á Dios esta tarde con la confianza digna de un alma cristiana. Poneos á la presencia de su divina Magestad, penetrados de los sublimes sentimientos que inspira la Religion; y ya que no lleveis la ceniza sobre vuestras cabezas, llevadla en vuestras almas, y en vuestros corazones. En un dia en que os proponeis pedir humildemente el perdon de vuestras innumerables culpas, y

---

(a) *Tonvile vie de S. Lovis p. 2.*
(b) *Moniseur Godeau vie de S. Charles L. 4. c. 2. Giussano L. 5. cap. 6.*



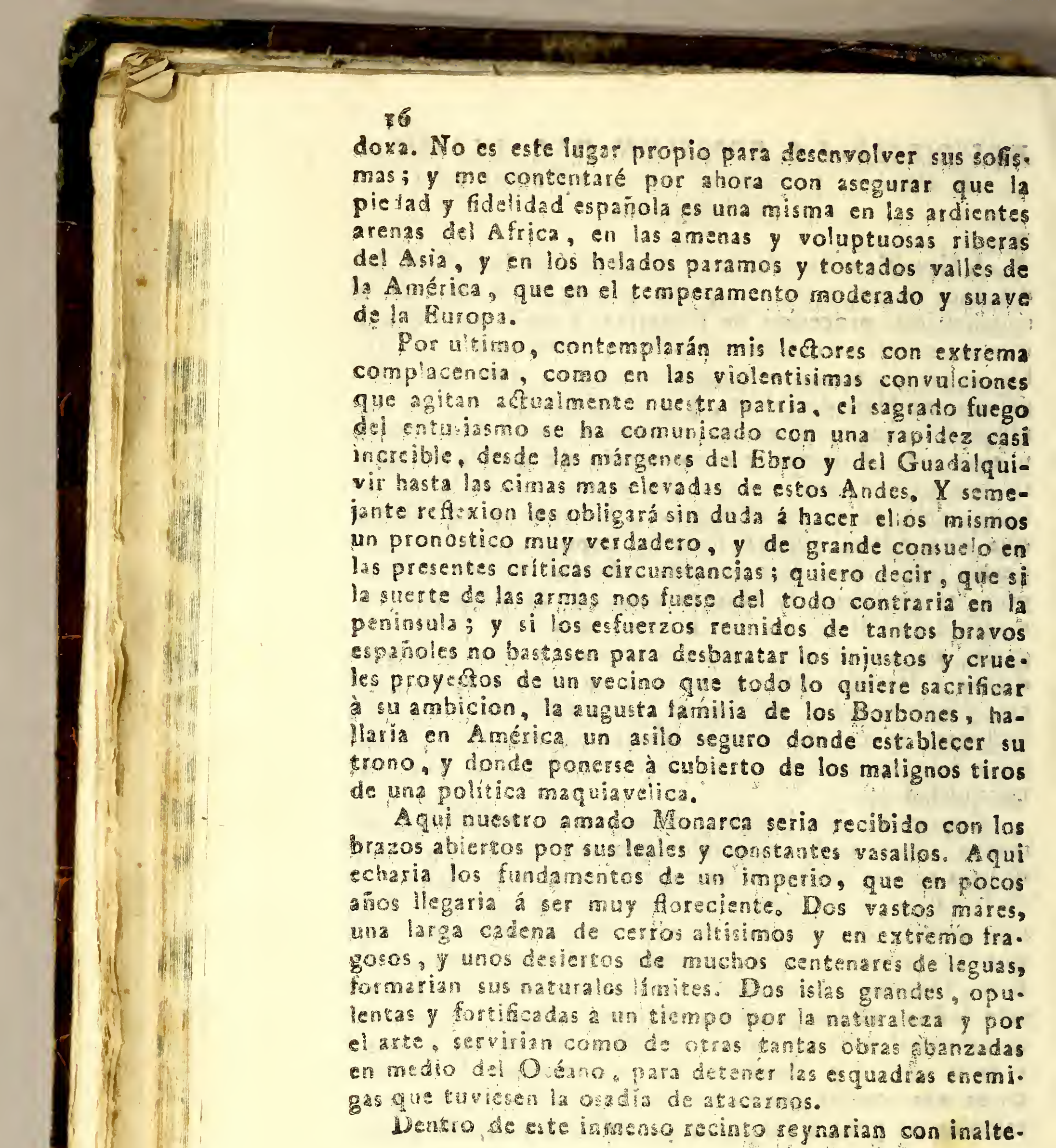
alcanzar unos beneficios de que tanto necesitamos, deponed, os ruego, toda ira, y todo rencor: olvidad las ofensas que mutuamente os hubiereis hecho: no, no desplegueis los labios á la murmuracion y detraccion: estrechaos al contrario unos á otros con los suaves vínculos de la caridad; y unios todos para socorrer con vuestro llanto, con vuestros votos y oraciones á la desolada patria.

Y vos, Señor, dexaos ablandar; pues sois tan bueno, tan manso, tan amable; pues sois nuestro Redentor y nuestro Padre; sois el Dios infinitamente misericordioso y compasivo. Recibid con benigno semblante las suplicas de mis queridas ovejas, que os adoran hoy con la boca puesta en el polvo como Jeremias. Recibid los ruegos y las lagrimas de un Prelado, que ama ardientemente à su patria, porque vos se lo habeis mandado y enseñado en el Evangelio: de un Prelado, que reconociendo y confesando sus muchos delitos, se ofrece hoy à vuestra justisima cólera como una victima pública, pidiendoos que le castigueis á él solo, y consoleis á sus queridos paysanos. ¡Ah, Jesus mio, vida mia, Criador y Salvador mio! vos á quien no se esconde ninguno de mis mas ocultos pensamientos, bien sabeis que esta sencilla expresion nace del fondo de mi alma, y que vos mismo me la habeis inspirado. ¡Señor! vuelvo á repetir; descargad sobre este indigno pecador el golpe que amaga tiempo ha vuestra diestra omnipotente, y no lastimeis mas á mi patria, á mis hijos, y a mis hermanos. Amen.

DESCRIBESE LA PROCESION DEL DIA DOCE *de Octubre, y añadense algunas reflexiones sobre dicha Rogativa.*

LA Homilia antecedente se pronunció en la mañana del dia doce de este mes; y aquella misma tarde se hizo la solemnisima procesion de Rogativa. Pido à mis lectores que me permitan detenerme por un breve rato à describir aquel tan tierno y magestuoso acto, que tantas lagrimas me hizo derramar, y que quietó al cabo mi corazon del pasado sobresalto, y llenó mi alma de consuelo y esperanza. Con ella se convencerán de que la sólida y sincera piedad que los españoles maman en la leche, es inseparable de su carácter grave, honrado y constante: que esta misma piedad llevaron consigo, quando con pecho intrepido, despreciando infinitos riesgos y peligros, acometieron la heroica empresa de descubrir en medio del Océano, y à una inmensa distancia de sus hogares, un nuevo y vastisimo continente: que la infundieron á los hijos que engendraron en estos remotos paises, y que hoy dia, despues de tantas vicisitudes y revoluciones, se conserva sin diminucion, como una llama pura é inextinguible en los nietos de aquellos famosos conquistadores.

Conocerán igualmente, como no se mantiene aqui menos vigoroso é inalterable otro sentimiento del qual nuestra nacion hace el mayor aprecio; esto es, del amor de la patria, y del cariño hácia sus Reyes legitimos. Varios metafisicos modernos han pretendido persuadirnos, que las pasiones, usos y costumbres del hombre se modifican, templan y combinan de mil modos distintos, por el solo influxo de los paises donde vive, porque tienen ellas su principal y oculta raiz en la diferencia de los climas, y de la calidad y abundancia de los alimentos. El politico de mas nombre que ha producido la Francia, ha contribuido no poco á dar curso y crédito á semejante para-



doxa. No es este lugar propio para desenvolver sus sofismas; y me contentaré por ahora con asegurar que la piedad y fidelidad española es una misma en las ardientes arenas del Africa, en las amenas y voluptuosas riberas del Asia, y en los helados paramos y tostados valles de la América, que en el temperamento moderado y suave de la Europa.

Por ultimo, contemplarán mis lectores con extrema complacencia, como en las violentisimas convulciones que agitan actualmente nuestra patria, el sagrado fuego del entusiasmo se ha comunicado con una rapidez casi increible, desde las márgenes del Ebro y del Guadalquivir hasta las cimas mas elevadas de estos Andes. Y semejante reflexion les obligará sin duda á hacer ellos mismos un pronostico muy verdadero, y de grande consuelo en las presentes críticas circunstancias; quiero decir, que si la suerte de las armas nos fuese del todo contraria en la peninsula; y si los esfuerzos reunidos de tantos bravos españoles no bastasen para desbaratar los injustos y crueles proyectos de un vecino que todo lo quiere sacrificar à su ambicion, la augusta familia de los Borbones, hallaria en América un asilo seguro donde establecer su trono, y donde ponerse à cubierto de los malignos tiros de una política maquiavelica.

Aqui nuestro amado Monarca seria recibido con los brazos abiertos por sus leales y constantes vasallos. Aqui echaria los fundamentos de un imperio, que en pocos años llegaria á ser muy floreciente. Dos vastos mares, una larga cadena de cerros altisimos y en extremo fragosos, y unos desiertos de muchos centenares de leguas, formarian sus naturales límites. Dos islas grandes, opulentas y fortificadas à un tiempo por la naturaleza y por el arte, servirian como de otras tantas obras abanzadas en medio del Océano, para detener las esquadras enemigas que tuviesen la osadía de atacarnos.

Dentro de este inmenso recinto reynarian con inalte-

rable tranquilidad las leyes, la concordia, la paz, la Religion, la confianza mutua, las riquezas, y todos los demas bienes que hacen feliz á una sociedad bien reglada. Uno de los ilustres nietos de S. Fernando, tendria siempre en la mano las riendas del Estado: y el indio y el español se acercarian al pie del trono en todos sus negocios y solicitudes, con la misma serenidad y confianza con que un hijo entra en el quarto de su padre para consultarle y recibir sus órdenes.

Entretanto el fiero Bonaparte pasearia en Europa su artilleria homicida por unas provincias arruinadas y consumidas con los rayos de una conquista inhumana; y tomaria asiento en medio de un Senado, ó se pondria á la frente de un exército manchado con la sangre de millones de víctimas inocentes; amenazando en vano á este bello pais, y volviendo la vista de quando en quando con una sed insaciable, hácia nuestros cerros, que encierran en sus entrañas los mas preciosos y abundantes metales de todo el mundo. Pero ya es tiempo, lectores mios, que demos principio á nuestra prometida relacion.

Apenas sonaron las tres de la tarde del expresado dia doce, quando una tropa de doscientos niños se presentó en la gran plaza de esta capital, y le dió vuelta muy despacio, como avisando á los vecinos, que ya era hora de que saliesen de sus casas, y acudiesen al templo para reunirse con su Prelado, Iban los niños en dos hileras, con semblante modesto y recogido, con las manos cruzadas, y con los ojos fixos al suelo: les precedia una alta cruz, y les seguian y acompañaban sus maestros, rezando juntamente con ellos el Santisimo Rosario, y pidiendo á la Reyna de los Angeles, que ayudase y diese buen suceso á la patria. Todos los espectadores que acudieron à verlos pasar desde las ventanas ó desde las puertas de sus viviendas, se conmovieron y llenaron de bendiciones á estos tiernos y amables ciudadanos,

¡Ah! solo los niños son dignos de convocarnos al pie de los altares. Su alma es todavia inocente. Su corazon no se ha abierto todavia á unos placeres envenenados, ni las funestas pasiones, origen de todas nuestras amarguras, sobresaltos y desgracias, han establecido todavia en él, su horrible tiranía. Al contrario, la voz de un hombre adulto es muy impura; porque sale de un seno manchado de crimines. Y ¿cómo se atreverá á levantar al cielo unos ojos y unas manos, que le han servido tantas veces para facilitar y perfeccionar los proyectos mas detextables? Quando, pues, vamos nosotros á la casa del Señor á fin de conseguir el alivio de nuestras aflicciones y miserias, deberiamos hacernos acompañar por una de estas apreciables y sencillas criaturas, que aun no han provocado la ira del Criador, así como entre los salvages que viven en las espaciosas soledades del Norte de la otra América, quando algun suplicante se presenta á la puerta de la choza, el muchacho de aquella familia es quien lo toma de la mono y lo introduce al hogar de su padre (*a*).

Luego que los referidos niños se hubieron parado en el pórtico de la Catedral, atravesaron la expresada plaza otras dos procesiones, las quales causaron igual ò mayor ternura que la primera. Venian en ellas los indios de las dos parroquias de esta ciudad, llamadas de San Sebastian y San Lorenzo. Suelen los indios quando acuden todos desde sus campos á la Iglesia, para asistir á la explicacion de la doctrina, ò à la celebracion del tremendo Sacrificio, caminar en pelotones, y sin guardar ninguna formacion. Pero aquel dia se colocaron con tal orden y arreglo, que los españoles mismos no les hubieran llevado en el particular la mas pequeña ventaja. Venian con los ponchos calzados, y el cabello tendido, que entre ellos es una de las principales muestras de afliccion y de luto. Algunas

---

(*a*) *Lafitau Moeurs des sauvages.*

madres conducian á sus pequeños hijos, y les habian puesto en la cabeza una corona texida de verdes espinos. El venerable pastor de cada feligresia ocupaba el centro de su rebaño, levantando con sus propias manos una cruz de palo sin adorno alguno, y por esto quizá mas propia para infundir sentimientos de confianza y devocion.

Me consta que estas dos desaliñadas procesiones proporcionaron abundante materia para una sublime meditacion, á las almas sensibles que están acostumbradas á aprovecharse de qualquiera oportuno incidente para elevarse á discurrir sobre la inefable grandeza y divina eficacia del Evangelio. ¡Oh! estos groseros salvages, estos hombres de un carácter tan singular, estos primitivos pobladores de la América tan poco conocidos, y tan dignos de ser observados por los filosofos mas perspicaces; estos melancolicos solitarios, estos apasionados moradores de los yermos, que buscan con tanto esmero las sombras de los cerros, ó los ocultos rincones de las quebradas y valles menos freqüentados, para colocar en ellos sus pobres cabañas; se presentan en medio del mas numeroso concurso que ha visto esta capital, sin ser compelidos ni forzados; antes bien atraidos unicamente del deseo de obedecer á la simple y cariñosa insinuacion de su Prelado.

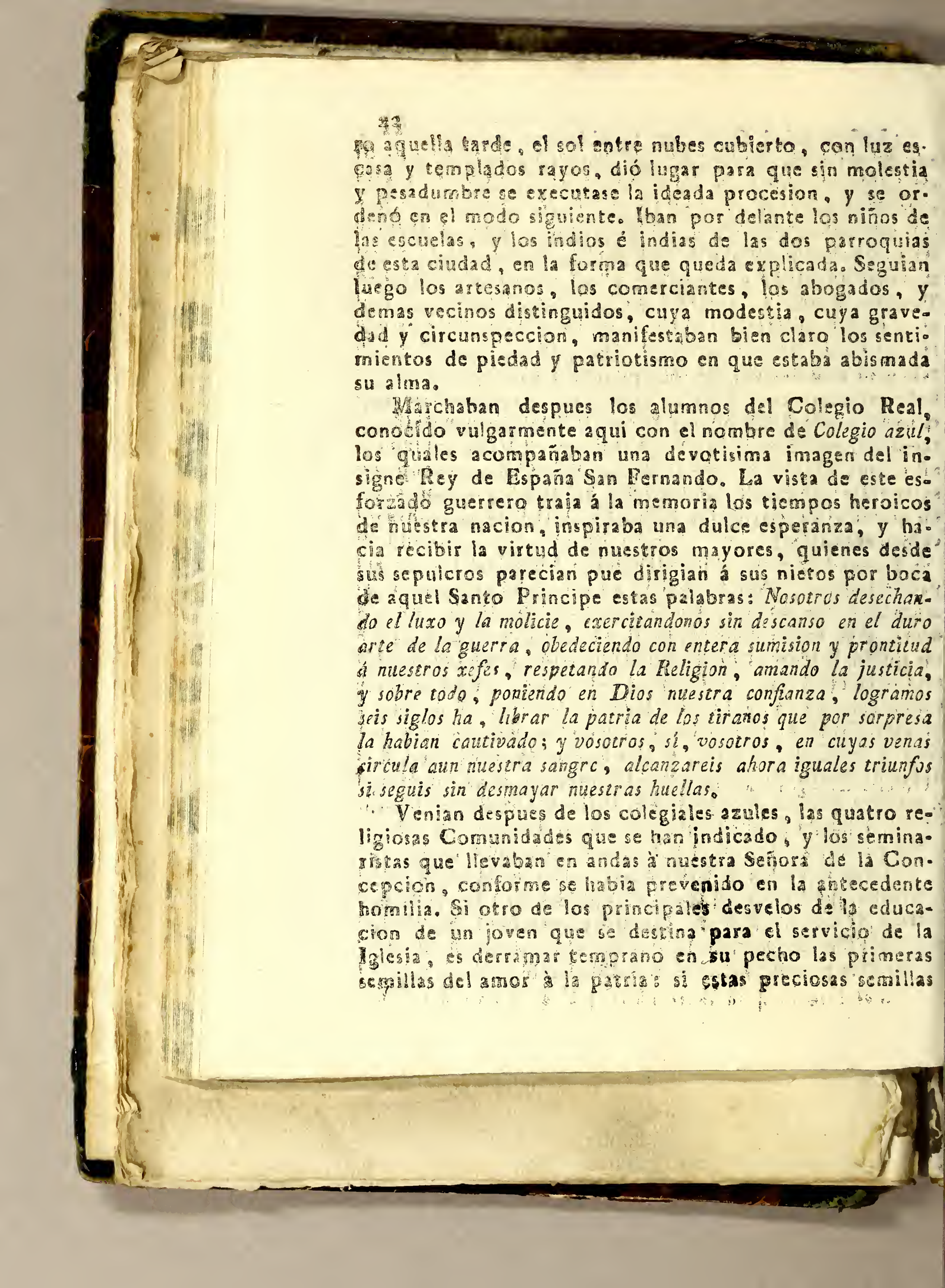
¡Oh! unos individuos que viven á tres mil leguas de España, abandonan en un dia que no era de fiesta sus tareas rusticas, para correr hombres, mugeres, viejos y jovenes á reunirse con los cultos españoles, y ofrecer á Dios muy ardientes votos y gemidos por la felicidad de nuestra Monarquia! Oh! ¡unos vasallos que no han visto jamas la corte, ni conocen ni tienen esperanza de conocer jamas á nuestro Soberano, pasean espontaneamente las calles y plazas en trage de penitentes, y llenan el ayre de humildes ruegos y suplicas, para que Dios llene de bendiciones al joven y desgraciado Monarca! Oh! ¡unos pastores, unos labradores medio desnudos, acostumbra-

dos á mantenerse tranquilos en la quietud de las pampas con la mayor estrechez y frugalidad; acostumbrados á regar dia y noche nuestros campos con el copioso sudor de su frente, sin tomar de ellos otra cosa que el escaso y necesario sustento, se conmueven, se afligen tanto con la aprehension de una guerra que podria privarnos à nosotros de todas nuestras delicias y comodidades! ¡En unas almás, pues, al parecer tan estupidas, ha prendido la llama del entusiasmo! ¡En unos pechos tan toscos, anida aquel delicado y ardiente amor de la Religion y de la patria, que entre las naciones civilizadas forma y ha formado en todos tiempos los verdaderos héroes!

¿Quién, pregunto, era capaz de detenerse por un solo momento en estas y otras iguales reflexiones, sin enternecerse? ¿Y quién hubiera podido reprimir las lagrimas, al ver como todos estos humildes y sinceros salvages se entraban con filial confianza dentro del palacio arzobispal; llenaban todo el patio interior; y esperaban, como ellos decian, la dicha de presentarse al amado padre, que ocupa en la tierra el lugar de Jesucristo? ¿Al ver, como así que el Prelado baxó al mencionado patio, todos á porfia se le echaron á los pies, se los besaron una y mil veces; manifestandole que tomaban una parte muy viva en las calamidades públicas; pidiendole que bendixese á sus mugeres è hijos, y teniendo á gran fortuna el haberlo logrado? Por ultimo, ¿al ver, como no sabiendo en que modo expresarle su gratitud y su cariño, todos á una voz se pusieron a entonar en su presencia el catecismo, cantandolo las mugeres, y rezandolo los hombres, pero pronunciandolo tanto aquellas como estos con la fuerza y energia propia de un acalorado afecto? Estoy muy cierto que ni el Prelado ni los que le acompañaban se hubieran resuelto en mucho tiempo à separarse de un espectáculo tan tierno, si el relox, dando las quatro, no les hubiese acordado que aquella era la hora señalada para la procesion general de todas las clases del pueblo.

¡Lector mio! Otra vez te pido que me perdones si me he detenido demasiado en pintarte esta original escena. Yo no pretendo en mi narracion lisongearte, poniendo delante de tu vista los rapidos y vehementes rasgos de una eloqüencia vana. Describo el entusiasmo religioso de un pueblo que está unido conmigo con los lazos mas estrechos y sagrados, y solo intento edificarte. Tambien busco en esto mismo mi propia satisfaccion y provecho; renovando y trayendo á la memoria uno de los ratos mas deliciosos de mi vida. ¡Ah! ¿quando la patria está amenazada con tan grandes tormentas; quando bebe actualmente el caliz de amargura, que Dios por sus ocultos y adorables juicios le tenia años hace preparado: resistiria yo acaso á las embravecidas olas de tan justa afliccion, si este mismo Dios amoroso y compasivo no sostuviese mi alma, derramando en ella de quando en quando algunas gotas del dulce maná de sus inexplicables consuelos?

Tomando, pues, ahora de nuevo el hilo del interrumpido discurso, digo, que á las quatro de la tarde salió el Arzobispo de palacio, acompañado de sus queridos indios, y de todos los curas de la provincia de Yamparaes, los quales habian venido à la ciudad con su Vicario para este unico intento. Se encaminó con ellos á la Iglesia Metropolitana, en cuya puerta fue recibido por su muy venerable Cabildo, por los alumnos del Seminario Tridentino y del Colegio Real, y por las reverendas Comunidades de Santo Domingo, San Francisco, San Agustin, y nuestra Señora de la Merced. Asi en el templo como en el cementerio y atrio se habia congregado de antemano un inmenso gentio; y á pocos minutos, y mientras el Prelado se vestia de Pontifical, entró el M. I. Ayuntamiento, junto con su Xefe el Excmo. Sr. D. Ramon Garcia de Leon y Pizarro, teniente general de los reales exércitos, y Gobernador Intendente de esta provincia. En los dias pasados los calores habian sido excesivos; pe-



en aquella tarde, el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos, dió lugar para que sin molestia y pesadumbre se executase la ideada procesion, y se ordenó en el modo siguiente. Iban por delante los niños de las escuelas, y los indios é indias de las dos parroquias de esta ciudad, en la forma que queda explicada. Seguian luego los artesanos, los comerciantes, los abogados, y demas vecinos distinguidos, cuya modestia, cuya gravedad y circunspeccion, manifestaban bien claro los sentimientos de piedad y patriotismo en que estaba abismada su alma.

Marchaban despues los alumnos del Colegio Real, conocido vulgarmente aqui con el nombre de *Colegio azul*, los quales acompañaban una devotisima imagen del insigne Rey de España San Fernando. La vista de este esforzado guerrero traia á la memoria los tiempos heroicos de nuestra nacion, inspiraba una dulce esperanza, y hacia recibir la virtud de nuestros mayores, quienes desde sus sepulcros parecian pue dirigian á sus nietos por boca de aquel Santo Principe estas palabras: *Nosotros desechando el luxo y la molicie, exercitandonos sin descanso en el duro arte de la guerra, obedeciendo con entera sumision y prontitud á nuestros xefes, respetando la Religion, amando la justicia, y sobre todo, poniendo en Dios nuestra confianza, logramos seis siglos ha, librar la patria de los tiranos que por sorpresa la habian cautivado; y vosotros, sí, vosotros, en cuyas venas circula aun nuestra sangre, alcanzareis ahora iguales triunfos si seguis sin desmayar nuestras huellas.*

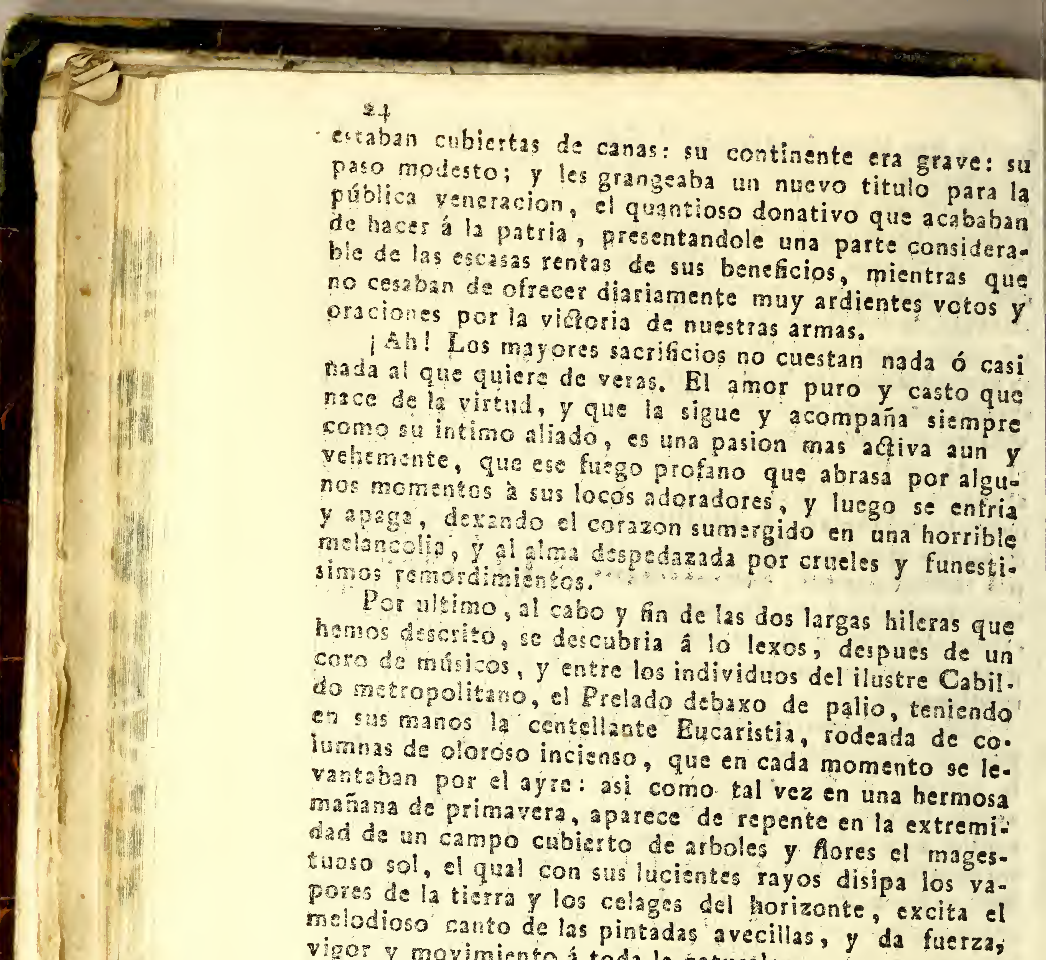
Venian despues de los colegiales azules, las quatro religiosas Comunidades que se han indicado, y los seminaristas que llevaban en andas à nuestra Señora de la Concepcion, conforme se habia prevenido en la antecedente homilia. Si otro de los principales desvelos de la educacion de un joven que se destina para el servicio de la Iglesia, es derramar temprano en su pecho las primeras semillas del amor à la patria: si estas preciosas semillas

son las que hacen brotar con el tiempo todas las virtudes morales, y si las mismas contribuyen infinito á formar unos pastores zelosos y dignos de la veneracion de los pueblos: ¿quién dexaria de aplaudir que nuestros colegiales, acreditasen con tan piadosa ceremonia, que su corta edad y casi ninguna experiencia no era bastante para que dexasen de sufrir en las actuales circunstancias las mismas amargas sensaciones de dolor y de inquietud de que estaban poseidos los Sacerdotes mas provectos? ¿Y que deseando con toda el alma poner fin á tantos males, convidasen con su exemplo á los demas ciudadanos á recurrir á la proteccion de aquella Señora, que es, desde el reynado de Don Carlos III, la patrona de toda la Monarquia española? ¿A aquella Señora, vuelvo á repetir, de quien dice San Bernardo, que aunque no hay cosa, por dificil que sea, que no debamos esperar de la dulcisima benignidad de Jesucristo, sin embargo, mientras estamos en esta vida, necesitamos de tan buena valedora, para encaminarnos por su conducto á este omnipotente medianero?

Cien Clérigos vestidos de blancas sobrepellices, y precedidos del Provisor y tribunal Eclesiástico, cerraban la marcha de los seminaristas; y luego se dexaban ver veinte Curas de este Arzobispado, trayendo colgadas al cuello una sagrada estola como insignia de su pastoral ministerio, conforme se estila en Roma, y lo dispone el Señor Benedicto XIV (a). Los mas de estos eran unos ancianos venerables que habian envejecido en las pampas y paramos de las provincias vecinas, dexando las ventajosas proporciones de las ciudades, para vivir en compañia de unos pobres é ignorantes salvages. Sus cabezas

---

(a) *Cæremoniale Episcoporum cum comment. Jos. catalani. L. 2. cap. 34.*



estaban cubiertas de canas: su continente era grave: su paso modesto; y les grangeaba un nuevo titulo para la pública veneracion, el quantioso donativo que acababan de hacer á la patria, presentandole una parte considerable de las escasas rentas de sus beneficios, mientras que no cesaban de ofrecer diariamente muy ardientes votos y oraciones por la victoria de nuestras armas.

¡Ah! Los mayores sacrificios no cuestan nada ó casi nada al que quiere de veras. El amor puro y casto que nace de la virtud, y que la sigue y acompaña siempre como su intimo aliado, es una pasion mas activa aun y vehemente, que ese fuego profano que abrasa por algunos momentos à sus locos adoradores, y luego se enfria y apaga, dexando el corazon sumergido en una horrible melancolia, y al alma despedazada por crueles y funestisimos remordimientos.

Por ultimo, al cabo y fin de las dos largas hileras que hemos descrito, se descubria á lo lexos, despues de un coro de músicos, y entre los individuos del ilustre Cabildo metropolitano, el Prelado debaxo de palio, teniendo en sus manos la centellante Eucaristia, rodeada de columnas de oloroso incienso, que en cada momento se levantaban por el ayre: asi como tal vez en una hermosa mañana de primavera, aparece de repente en la extremidad de un campo cubierto de arboles y flores el magestuoso sol, el qual con sus lucientes rayos disipa los vapores de la tierra y los celages del horizonte, excita el melodioso canto de las pintadas avecillas, y da fuerza, vigor y movimiento á toda la naturaleza.

No puedo pasar adelante sin exclamar: ó Redentor! ó Dios hombre! ò triunfador de la muerte y del infierno! ò amable Señor y dueño de la patria! ¿qué seria de nosotros, á quien recurririamos, á quien invocariamos en nuestras necesidades y angustias, si vos, subiendo al cielo, no os hubieseis dignado de quedaros en nuestra compañia, aunque escondido y oculto debaxo de las es-

pecies visibles de este grande Sacramento? ¡Dios de los exércitos, Dios de las batallas, Dios de la patria! dadnos la mano desde este augusto trono, á cuyo alrededor hacen continua centinela la tierna compasion, la dulce piedad, y la incansable misericordia. No, no pretendemos victorias ideadas por la vanidad y orgullo: no nos dexamos arrastrar por el barbaro furor de las conquistas: sabemos por vuestro Evangelio quanto vale la sangre de nuestros semejantes: quisieramos, si posible fuese, no manchar con ella nuestros campos; y solo deseamos arrojar fuera de nuestras fronteras ese general, ese exército inhumano, que nos ha sorprendido y engañado, con las bellas apariencias y halagos de una cordial hospitalidad, y de una estrecha y entera alianza. Ah! Dulcisimo Jesus! la España es vuestra herencia, ya hace mas de diez siglos: los españoles son vuestros fieles hijos, vuestros humildes siervos, y se precian y glorian de serlo. Vos, vos solo reynais en nuestros corazones. ¿Como, pues, dexareis de oirnos? ¿Cómo dexareis de castigar á nuestros enemigos? Pero baste ya de exclamacion. El hijo de Maria tiene para con nosotros entrañas de verdadero padre. Una breve suplica, un solo gemido, una sola lagrima, es suficiente para enternecerlo y determinarlo.

Vuelvo ahora hácia à tí, ó lector mio. Esta fue la solemnisima procesion que te he prometido describir. Tengo el consuelo de que en ella todo respiraba compuncion, confianza y humildad. Detrás del venerable palio seguian el Excmo. Señor Presidente, y el muy ilustre Cabildo de esta capital, á quien se habian agregado el Sr. D. Feliciano Corte, Tesorero de caxas Reales, D. Vicente Oliveros, D. Ramon Garcia, y otros caballeros. El respeto, actividad y exemplo del Xefe, el de un cuerpo tan condecorado, y el de unos vecinos tan distinguidos, contribuyó no poco para que esta sublime ceremonia se executase con toda la magestad, órden y decoro, que exige la Religion.

El Prelado es por su divino caracter el padre de la patria, es el pastor y amigo de todas sus ovejas. Quando aquella padece, quando estas están amenazadas de algun grande infortunio, su corazon se oprime y hace pedazos hasta que haya disipado la borrasca. Mas no tiene otros medios para ahuyentarla y desvanecerla, que la persuasion, las lagrimas, la predicacion, el ayuno, la oracion y la penitencia. Si no le dexan manejar con libertad estas invisibles armas; si alguno intenta impedirle que suba como Moyses al monte Santo, para levantar las manos al cielo mientras sus ciudadanos pelean con las huestes enemigas, él morirá de afliccion y de dolor, del mismo modo que el Profeta: pero ay! ¿qué será entonces de la patria, que será de su amado rebaño?

Homero Virgilio (*a*), todos los géntiles juiciosos han conocido y confesado la fuerza y energia que tienen las suplicas y rogativas para aplacar la cólera divina. *Los católicos demasiadamente rigoristas que no hacen mucho caso de estas públicas demostraciones de piedad, no comprehenden el maravilloso efecto que las ceremonias exteriores de la Religion causan en el pueblo.* Esta proposicion no es mia sino del famoso filosofo Diderot (*b*), testigo nada sospechoso en el particular.

¿Y para que es buscar exemplos y autoridades estrañas? Yo sé que nuestra procesion encendió en todos los asistentes la llama preciosa del amor y del heroismo. El acompañamiento se componia de muchos millares de personas: de modo que los vecinos mas ancianos me han asegurado, que nunca habian visto un concurso tan numeroso. Todos estos humildes cristianos, y buenos y amantes ciudadanos, recorrieron por espacio de dos ho-

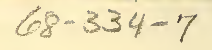
(*a*) *Iliad. L. 9. Æneid. L. 11.*
(*b*) *Essais sur la peinture.*

ras estas calles y plazas, invocando por intervalos el dulcisimo nombre del Señor, y de su purisima Madre, en favor de la patria; y por intervalos, guardando un profundo silencio. El susurro de las oraciones y salmos, semejante al dulce murmullo de una fuente quando se precipita de lo alto de un peñasco, producia en todas las almas aquella melancolia patetica y deliciosa, que es uno de los mas grandes y saludables atractivos de todas las funciones del catolicismo. Aumentaba y hacia subir de punto esta misma melancolia, el sonido lugubre de las campanas de la Catedral y demas Iglesias, las quales no cesaban un punto de repetir en la region de las nubes, la señal de rogativa y penitencia. ¿Y quién negará este poder mágico de las campanas de nuestros templos? El fiero y altivo Rousscaux confiesa de sí mismo (*a*), que le obligaron muchas veces à derramar lagrimas, y que en las Vigilias de las grandes solemnidades salía de intento à pasearse por los amenos prados de Chambery, para poderse entregar sin el menor embarazo à aquel tan suave delirio.

Sin embargo, el alegre repique de nuestras torres en un dia de regocijo público no nos conmueve tanto, como su lento y acordado tañido en los momentos de alguna gran calamidad. Entonces es quando las campanas despliegan por entero la simpatia moral que tienen con nuestros corazones: porque nos remueven la idea tan triste al mismo tiempo y de tanto consuelo, de que somos huéspedes y peregrinos en la tierra, y caminamos para otro pais, en donde seremos absolutamente felices: que mientras vivimos acá abaxo, como en un mar proceloso, no pueden faltarnos mil suertes de infortunios, de sustos y de privaciones; pero que no obstante esto

---

(*a*) *Confessions de J.Jacques. L. 3.*



tenemos siempre un asilo seguro en la divina bondad y misericordia, como en una playa deliciosa y quieta.

Yo creo que esta inefable misericordia y bondad oyó muy favorablemente nuestros humildes ruegos en la expresada tarde del doce del corriente. Apenas el sol se escondió detrás de estos elevados cerros, nos volvimos todos à nuestras casas embebecidos en esta dulce confianza, En quanto á mí, aseguro que aquella noche no pude pensar en otra cosa. Me parecia que Dios protegia ya visiblemente á nuestra patria, y al contrario abandonaba nuestra alevosa ribal: me parecia que una negra nube se iba formando sobre la orgullosa Francia, y que ya estaba por abrirse y descargar sobre la misma el horrible rayo, que habia de abrasarla y volverla ceniza.



